

la unión del pueblo fiel con Cristo y nuestra participación en la vida divina.

PETICIÓN HUMILDE. El sacerdote se lava las manos para mostrar al pueblo que hay que ser limpio para acercarse a las cosas sagradas y con una inclinación de su cuerpo en señal de humildad, pide que el sacrificio que él ofrece y que ofrecemos nosotros sea agradable y puro a Dios.

PETICIÓN DE ORACIÓN. ¡Oración, oración! Pide el sacerdote. Nos acercamos a este sacrificio que ofrecemos nosotros unidos con el sacerdote. El sacrificio del Hijo al Padre. Nos llenamos de alegría, esperando que Dios reciba este sacrificio de dignidad infinita. No hay mejor ofrenda para Dios.

ORACIÓN SOBRE LAS OFRENDAS. Intensamente nos unimos a esa petición. Nos acercamos al momento culminante del sacrificio y holocausto de Cristo. En la Misa actúa la Santísima Trinidad: por voluntad del Padre y con la cooperación del Espíritu Santo, el Hijo –Jesucristo–, se ofrece al Padre por todos.

EL PREFACIO. Es un diálogo entre el sacerdote y el pueblo. También es una proclamación de los beneficios divinos que nos conduce al centro vital del sacrificio. Dar gracias a Dios por los principales beneficios: la creación del mundo, el don de la comida de cada día, etc. En el prefacio se da gracias a Dios

en general por todo y después se mencionan los motivos específicos que se inspiran en el misterio del tiempo litúrgico. La Misa, cuya fase principal se inicia con el Prefacio, es esencialmente una acción de gracias a Dios a través de su Hijo.

EL SEÑOR ESTÉ CON USTEDES. Pedimos que el Señor este con nosotros en virtud de nuestro bautismo, con el sacerdote y con todos. Ahora ante el Santo Sacrificio del Altar deseamos inflamar nuestro amor, tanto que con el podemos encender a todos los presentes y a todos los hombres del mundo.

LEVANTEMOS EL CORAZÓN. Con el corazón en alto le damos gracias a Dios de poder participar en su santo sacrificio Redentor. El sacerdote nos invita a abrir el corazón al cielo que está ante nosotros, no tenga su mente ocupado con las preocupaciones de esa vida. El corazón es un altar escondido para el culto en espíritu. Somos invitados de esforzarnos por recogernos en la sacrificio que va a comenzar.

SANTO, SANTO, SANTO... Por todo lo recibido nos asociamos a los ángeles del cielo que no cesan de repetir Santo, Santo. Dar gracias a Dios es un sentimiento profundamente religioso sin equivalencias en la vida ordinaria. En cada Misa, la tierra y el cielo y los muertos se unen para entonar junto con los ángeles del Señor el canto “**Santo, Santo, Santo...**”.

COMPRENDER LA MISA PARA VIVIRLA

SEGUNDA PARTE DE TRES



LECTURAS. La palabra de Dios no es solo para instruir y dar luz a la inteligencia, es para revelar las grandezas de Dios y provocar la alabanza. No todas las lecturas deben tener siempre una inteligibilidad racional: se trata de penetrar en el misterio, en el sacrificio de alabanza, en una comunión en el entusiasmo por la fe en Cristo. Hay que tratar de poner atención para captar y penetrar la palabra de Dios, recibir las luces y gracias del Espíritu Santo. A través de las escrituras Dios habla con voces humanas para que nuestra inteligencia sepa y contemple, para que la voluntad se robustezca y la acción se cumpla en nuestra vida después. Dios quiere que mejoremos y da

respuesta divina a los problemas de cada día. Los que asisten a la misa diaria oyen casi toda la Biblia en el curso de dos años. La fe viene por la escucha.

La primera parte, de la Misa se llama Liturgia de la Palabra, y tiene por fin instruir al pueblo en las verdades de fe, en los misterios de la vida de Cristo y principalmente en el misterio pascual que el santo sacrificio va a hacer vivo y actual en medio de los fieles.

SALMO RESPONSORIAL. Es una respuesta a la Palabra de Dios, relacionada con la Primera Lectura. Es un texto Bíblico por el que Dios habla a su pueblo.

ALELUYA Alegría -¡Aleluya!- por la Buena Nueva. Esta expresión quiere expresar una inmensa alegría que no puede ser expresada en palabras. Es un júbilo incommunicable. Vamos a escuchar la palabra de Dios.

SEÑAL DE LA CRUZ. El sacerdote signa el libro santo. Se hace el signo en la frente pidiendo luz para entender el evangelio, en la boca para anunciarlo y confesarlo públicamente, en el pecho para que lo conservemos siempre en el corazón. Cada uno de nosotros tenemos que parecernos más y más a Cristo. Para imitarlo hay que conocerlo. “María conservaba todas las cosas meditándolas en su corazón.”

BESO AL LIBRO. El sacerdote besa los evangelios para significar el amor con que se ha de abrazar y observar esta doctrina, con hechos concretos, en la vida ordinaria.

HOMILÍA. Es la palabra del celebrante revestida con la autoridad de Cristo. Él nos ayuda a descubrir lo que el Señor quiere de nosotros. Hay que sacar un propósito personal para la vida diaria.

CREDO. Con valor profesamos claramente que “creo todo lo que ha dicho el Hijo de Dios.” Es una proclamación de las grandezas divinas. Es el resumen de nuestra fe, desde el siglo IV, por toda la Iglesia. A veces se cantan porque son buenas noticias que salven vidas. El dogma no es otra cosa que interpretación de la Escritura. Cuando rezamos aceptamos públicamente como verdad objetiva esta fe basada en las Escrituras.

ORACIÓN DE LOS FIELES. Roguemos al Señor. Los fieles participan en el sacerdocio real de Jesucristo rezando por toda la Iglesia, el Papa, los Obispos, por todos los hombres y sus necesidades. El pueblo manifiesta su participación con la invocación de todos.

CANTO DEL OFERTORIO. Quien se olvida de sí mismo en el canto, quien renuncia a sus propios intereses para cantar la gloria de Dios, quien se deja penetrar hasta la médula y transformar por la palabra de Dios, ¿no sufre acaso una acción purificadora, que bien se puede llamar una inmolación, aunque se realice con alegría?

OFERTORIO. Ofrecer significa expone “llevar ante” o “llevar arriba” entonces hay la

noción de intercambio. La Misa entera es una oblación. Ofrecer todo nuestro ser al Padre en unión con Jesucristo, con la ayuda del Espíritu Santo. La verdadera naturaleza del amor: es ofrecerse uno mismo en sacrificio. Colocar en la patena del sacerdote todos los sacrificios y esfuerzos de su vida para que el Señor los transforme en gracias de santidad personal y de fecundidad apostólica. Así como el pan y el vino se convertirán en su Cuerpo y en su Sangre, le pedimos que nos transforme a nosotros y a todos los hombres.

Llevamos pan, vino y dinero para sostener la obra de la Iglesia. El sentido es éste: nos ofrecemos a nosotros mismos y todo lo que tenemos. Dios puede tomar lo que es temporal hacerlo eterno, lo que es humano y hacerlo divino. La Misa entera es un único ofrecimiento, aunque son muchas partes, todo va hacia el sacrificio de Jesucristo, que renueve nuestra alianza con Dios Padre.

BENDITO SEAS POR SIEMPRE SEÑOR. Es el momento de llenarnos de acciones de gracias por todo lo que recibimos de Dios sin merecer nada. Le ofrecemos el pan que El mismo nos ha dado y aprovechamos para poner en la patena todo nuestro ser, que también se lo ofrecemos. Nos unimos a las palabras del sacerdote, somos poca cosa como una gota de agua en el vino. Queremos unirnos a Dios, participar de su divinidad, ser unidos estrechamente a Él, como la mezcla del agua y del vino representa